

DOMINGO XIV (C)

7/VII/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Hoy tenemos un ejemplo claro de lo que significa y de lo que supone la afirmación de san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4).

Nosotros suponemos esto rápidamente, que Dios quiere que todos se salven. Y suponemos más aún de lo que dice la Escritura, muchas veces suponemos que todos se salvan o mejor, nos metemos nosotros en ese saco y suponemos que todos nos salvamos. Pero eso no se dice en ningún sitio de la Escritura, ni lo dijo nunca nuestro Señor, ni lo dio a entender. Lo que dio a entender es otra cosa bien distinta: y es que salvarse, entrar en el Reino de los Cielos, no es una cosa sencilla: «muchos querrán entrar y no podrán» (Lc 13,24), dice en una ocasión. Ya podemos quitarnos de la cabeza esa idea dulce y falsa de la vida según la cual todos entraremos tranquilamente en el Reino de los Cielos.

Y sin embargo desea la salvación de todos. El Evangelio es testimonio de cómo Dios busca la salvación del hombre: nos muestra a Jesús llamando a la conciencia de cada uno, sin descanso y sin ahorrarse ningún esfuerzo, sin ahorrarse siquiera una gota de sangre.

Esa salvación de todos, que nosotros damos por supuesta tan alegremente, es en realidad una oferta a cada hombre, que cada hombre debe hacer suya. Esa oferta supone el sacrificio de Cristo. El hombre puede hacer suya la salvación, todo hombre puede hacerlo, pero debe acoger el don que Cristo hace de sí mismo, su sacrificio por todos. La salvación ofrecida a todos supone, en primer lugar, que Cristo ha debido sacrificarse como cordero, que quita el pecado del mundo, más aún como cordero que se ofrece a sí mismo como alimento de vida eterna. Hablamos alegremente de salvación y de cielo, sin darnos cuenta de que tal posibilidad implica el sacrificio del Hijo eterno.

Pero hay otra cosa que olvidamos. Y es que la salvación de los hombres, la posibilidad real de que todos alcancen la salvación conforme al deseo de Dios, no sólo implica a Cristo. Nos implica también a nosotros.

A veces queremos ser más buenos que Dios y nos escandalizamos si escuchamos palabras como estas de Jesús: «muchos querrán entrar y no podrán». Pero sin embargo no estamos dispuestos a mover un dedo con ese fin. Sí, porque la salvación de los hombres depende primeramente de Dios, que, si me permitís la expresión, ha hecho su parte, aunque él la sigue haciendo, porque sigue actualizando su obra salvífica. Pero el evangelio de hoy lo que nos dice fundamentalmente es que nosotros también tenemos nuestra parte en la obra de la salvación de los hombres.

Para que nos enteremos: en tu mano está tu propia salvación. Puedes acoger o rechazar el don de Dios y acogiendo o rechazando este don de Dios acoges o rechazas tu propia salvación. Esta es la primera cosa. Pero además —y esa es la idea que se desprende del Evangelio de hoy— en tu mano, en parte, está la salvación de tu hijo o de tu hija, de tu esposo o de tu esposa, de tus amigos, de tu ciudad... Y no puedes dimitir de esa responsabilidad. Esa responsabilidad nos afecta a todos por igual en la Iglesia. Todos nosotros hemos sido llamados a la Iglesia por Dios para dos cosas: 1) para gozarnos nosotros mismos del amor de Dios; 2) para hacer que este amor llegue a todos los hombres. Y ambas cosas son inseparables: no se puede acoger el amor de Dios sin convertirse al mismo tiempo en sus instrumentos para los demás. Quién crea que puede salvarse solo, sin cumplir el mandamiento del amor al prójimo que implica la preocupación efectiva por su salvación eterna, se equivoca.

Digo todo esto fijándome en un detalle del Evangelio. Hemos escuchado que el Señor mandó a 72 discípulos a anunciar el Evangelio. Pero en el capítulo anterior de este evangelio de Lucas, aparece Jesús mandando no a 72, sino a los Doce (Lc 9,1-6). ¿Qué significan estos números? Porque manda en una primera ocasión 12 apóstoles y luego 72 discípulos.

El número «12» hace referencia al Pueblo de Israel. El Pueblo de Israel se simboliza en la tradición judía con el número doce: doce son los hijos de Isaac, doce las tribus, doce las piedras preciosas que llevaba el efod del traje ceremonial del Sumo Sacerdote y que simbolizaba toda la nación. Y el número «72» hace referencia a las naciones paganas, al no-Israel.

Cristo quiere hacer llegar la salvación al pueblo de la promesa, a todo Israel; y quiere hacer llegar también la salvación al pueblo que no lo esperaba, al no Israel, a las naciones paganas, a todos. Y para eso él se sacrifica como cordero y asocia a su sacrificio a los Apóstoles, a los Doce —a los que en un primer momento envía a Israel y después de su resurrección a toda la tierra— y a los 72, a todos nosotros, que somos enviados a anunciar la llegada del Reino de Dios a todos los lugares donde él quiere ir personalmente para dar la salvación. Por tanto, hoy es un buen día para pensar cómo cumplimos esta misión —si es que lo hacemos—; y, si no nos hemos percatado de ella, para salir de aquí con la idea clara de una responsabilidad en la salvación de los hombres.

He hablado del sacrificio de Cristo y de qué él asocia a su sacrificio a los que envía porque dice el texto: “Mirad os envió como corderos en medio de lobos”. Es decir, os envió para ser comidos, para servir con vuestro sacrificio a la salvación de los hombres. Este es el gran misterio de la eficacia del anuncio cristiano. La eficacia de quien anuncia el Evangelio, no está en que tenga facilidad de palabra o sepa responder a todas las cuestiones que le plantean, la cuestión fundamental es que sepa hacer presente un amor que no es de este mundo, el amor de Dios, el amor que brilla en la cruz. Y para hacer presente este amor debe estar dispuesto también él a morir, a servir, a perdonar, a callar, a excusar... y hacerlo con perfección y hasta el extremo.

Debemos estar dispuestos para evangelizar, asumiendo sobre nuestra vida la marca de la cruz. Es lo que hizo san Pablo, y por eso su anuncio fue eficaz: «... yo no he de gloriarme sino en la cruz de Cristo... llevo en mi carne la señal de Jesús», que es la cruz. Debemos amar la cruz porque en ella se nos da la salvación, se nos da Cristo. Debemos amarla hasta hacer de ella nuestro verdadero tesoro, nuestra gloria, nuestro orgullo, nuestro amor secreto y nuestro amor manifiesto, el que acariciamos en nuestra mente en la soledad y el que manifestamos en público. Pero debemos hacer también de la cruz la forma de nuestra misión en este mundo. Así el objetivo de una madre debe ser dar la vida por sus hijos; el de un esposo, dar la vida por su esposa; el de todos nosotros, dar la vida por esta generación, para que contemple hoy el amor de Cristo y crea y se salve. Sobre nosotros recae esta responsabilidad y no podemos dimitir de ella.

En la oscuridad y en la dureza de la cruz mantenemos una esperanza: que nuestro sacrificio, unido al de Cristo, es eficaz. Está prometida la victoria. Lo que pone ante nosotros la primera lectura de Isaías: a la Jerusalén mesiánica, es decir a la Iglesia del final de los tiempos, vendrán todos los pueblos trayendo sus riquezas. No sabemos cómo pero, al final, Cristo hará brillar el fulgor de su amor —y junto a su amor el nuestro, junto a su sacrificio nuestro sacrificio— y entonces los hombres se acercarán a Dios. ¿Todos? No lo sabemos. Pero Isaías pone en medio de nuestro camino una visión de esperanza: nuestro sacrificio será eficaz.

Pues bien, id anunciad el Evangelio a todos los hombres a los que Cristo quiere alcanzar: estad dispuestos para el sacrificio, que será eficaz, dará gloria a Dios y acercará la salvación a muchos.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana C.O.